CROMOS.

NUMERO 576

BOGOTA, SEPTIEMBRE 24 DE 1927

VALOR $ 0.15



Señorita Gloria Rodriguez

Foto. Lafont



DR. FRANCISCO EUSTAQUIO ALVAREZ

Este año, que tántos hombres prestigiosos del pretérito ha evocado, nos trae a la memoria esta vez el centenario natalicio de uno de los hombres de más recia e inflexible contextura moral. El doctor Francisco Eustaquio Alvarez, conocido entre nosotros con el apodo del *macho* Alvarez, fue un filósofo de la escuela empírica de Condillac y en su carácter de tal, regentó por muchos años una cátedra en el colegio mayor de Nuestra Señora del Rosario. Como catedrático dio a la estampa un libro intitulado "Manual de Lógica", y las ideas que en este libro se contienen, se dan a conocer por el epígrafe del libro, tomado de los aforismos de Bacon, que a la letra dice: "El hombre servidor e intérprete de la naturaleza, no obra y no comprende sino en proporción de sus descubrimientos experimentales y racionales sobre las leyes de esta naturaleza: más allá nada sabe, nada puede".

Cuando el doctor Alvarez afirmaba la inexistencia de lo suprasensible o por lo menos la ignorancia en que acerca de él se halla el hombre, ya en Europa una fuerte corriente espiritualista se había hecho ostensible merced al conocimiento de filósofos como Kant, Fichte, Hegel y Krauss que llevaron el conocimiento de lo trascendente a regiones hasta entonces insospechadas para los que hacía tiempo se habían separado de los conceptos tradicionales *helénico-cristianos*. No puede decirse tampoco que el señor Alvarez conociera las corrientes neoescolásticas, porque ellas en todo caso fueron posteriores a la aparición de la encíclica *Aeterni Patris* de León XIII. Hallóse, pues, el doctor Alvarez desprovisto de aquella tradición filosófica que permite en un país analizar a los antepasados y vislumbrar las nuevas tendencias para el porvenir. Si sólo consideráramos al antiguo rector del colegio mayor de Nuestra Señora del Rosario como un filósofo, a la verdad que hallaríamos bien menguada su personalidad.

Pero en él había además del jurisconsulto probo y honrado que se atrevió a condenar públicamente a Russi y a su comparsa con riesgo evidente de la vida. La fuerte represión de los delitos que se hizo ostensible en los tiempos de la administración del general José Hilario López fue obra en grandísima parte del doctor Alvarez que se dio a conocer por entonces como fiscal en la famosa causa de Russi y sus compañeros. Desde esa época remota don Francisco Eustaquio fue considerado como un varón integérrimo incapaz de inclinarse a parte distinta de donde se hallara la justicia.

En pos de ésta, que le dio a conocer en Bogotá, el ya célebre jurisconsulto



Doctor Francisco Eustaquio Alvarez.

continuó ejerciendo la profesión de abogado en las causas más ruidosas y difíciles, y siempre se vio en los alegatos y vistas fiscales, diáfana y clara, la idea del varón, que siendo un filósofo experimental, era en el campo moral un rigido partidario de la doctrina más severa y ajustada a la ley.

No menos digna de encomio es su conducta como político en las cámaras legislativas, a las cuales concurrió por muchísimos años. Era el doctor Alvarez un liberal doctrinario, en el sentido más riguroso de la palabra, y con todo no temió censurar acremente la constitución de 1863 en que evidentemente el liberalismo granadino obró con un desconocimiento casi total del ambiente que le rodeaba. Pretender crear una serie de Estados soberanos en un país destrozado ya por reyertas civiles e incapaz de entender entonces el mérito y valor de la libertad, era un error. Con esa constitución, rudamente individualista, el partido liberal se puso en incapacidad de dominar a su adversario y entregó, en pueblos como Antioquia, el régimen político a los conservadores. Hizo inseguro el gobierno central y debilitó el mayor núcleo liberal de la República, que entonces residía en Bogotá, y se aprestó, sin quererlo, ni pensarlo, a las revoluciones políticas de 1876 y 1885.

Todo esto lo comprendió de sobra el doctor Alvarez cuando declaró que la constitución de 1863 "era un tejido de sofismas anárquicos". Mas, si esta declaración produjo en su tiempo un gravísimo escándalo, no por ello pensó el doctor Alvarez que había dejado de ser un liberal, y juzgó que precisamente porque lo era, podía hablar libremente y según su real saber y entender.

Los hombres que integraron la generación de 1849 fueron todos integérrimos; pero entre todos ellos sobresale, por este aspecto, el varón verdaderamente severo que ahora evocamos. "Jamás—para valernos de una expresión simbólica de Valencia—hubiera él vendido su primogenitura ideal y moral por el mezquino plato del semita Esaú". Bien está, por tánto, que hoy, en que el apetito del lucro nos domina, recordemos la figura austera de este pensador que vivió aislado en medio de un mundo pequeño que nunca del todo le pudo comprender. Le miraron con marcado recelo los liberales, a quienes en más de una ocasión motejó duramente; las muestras de descreimiento, que en ese tiempo eran como nunca escandalosas, le conquistaron las antipatías de los otros, y el doctor Alvarez, cuya inflexible voluntad nunca se doblegaba, continuó viviendo en medio de quienes así le miraban sin creerse ni odiado, ni siquiera menos respetado.

Si la figura de don Francisco Eustaquio surge pura y limpia de toda bajeza para quien la estudia en nuestra historia; si él se presenta, para usar de un símil caro en aquella época, como un Catón colombiano: el pueblo, que ignora a sus grandes hombres le desconoce por completo y no será raro que muchos a la fecha pregunten e interroguen por la ciencia, las ideas, las normas y los actos de quien para ellos es un desconocido, y e se debe en gran parte a esa suprema ig rancia que tánto nos aqueja en todo que a la historia nuéstra se refiere.

Las víctimas de la guerra.

Todavía no se sabe de un modo preciso cuál es el número de individuos que sucumbieron entre 1914 y 1918 por causa de la guerra. El contar los muertos solamente es una repugnante injusticia. La suerte de los que murieron en el campo de batalla o de sus heridas a pocos días de haberlas recibido fue más benigna que la de muchos desventurados que perdieron la vista, el uso de los miembros; que quedaron mudos y sordos; que olvidaron por completo su vida anterior a la catástrofe y no han podido incorporar su yo al torrente de los sucesos posteriores. No hay espectáculo tan desolador como el que presentan algunos hombres a quienes la metralla, arrebatándoles las mandíbulas, parte de la lengua y de la región nasal, los dejó convertidos en un sér informe, destinado por la vida a proclamar la necedad del hombre y su estupenda eficacia para obrar el mal.

Contando los muertos tan sólo, Inglaterra y Francia perdieron más de dos millones de hombres en la guerra. Si se hace un cálculo aproximado de los soldados muertos en todos los frentes, contando los de Rusia, no sería exagerado decir que diez millones fueron sacrificados en los campos de batalla hasta el 11 de noviembre de 1918. No es posible, a lo menos para el autor de estas líneas, formular una cifra aproximada del número de gentes a quienes la guerra dejó enteramente inhábiles para gozar de la vida o para llenar una función digna y útil en el cuerpo social. Basta, sin embargo, el cálculo hecho para señalar una monstruosa desproporción. Entre esos diez millones de soldados, muertos en el campo de batalla, durante cuatro años en que la inteligencia humana agotó sus recursos en la invención de máquinas destinadas a ejercer el estrago en sus más variadas formas, figura solamente un general. Es decir, que la proporción del sacrificio entre la gente de tropa y los hombres que comandan una división está señalada por un diezmillonésimo. Parece como si por cada general hubiese en el frente diez millones de soldados. Pero en este caso la proporción es mucho mayor. Importa añadir que el general a quien sorprendió la muerte en el campo de batalla era ruso de origen y cayó en la desventurada ocasión de los lagos masúricos, por razón de una gran sorpresa. Los estrategas rusos jamás llegaron a imaginarse que el comando alemán destacara fuerzas del centro occidental para ir a defender las yeguadas del Emperador en la Prusia oriental y, sobre todo, no imaginaron que el encuentro hubiera de tener lugar en los pantanos. De tal contingencia vino a resultar la sorpresa del ejército ruso y la muerte inverosímil de un jefe con título de general. Es cierto que Kitchener murió también durante la guerra, pero su ingloriosa y enigmática desaparición, apenas puede contarse entre las hazañas del enemigo. Moltke, cuya memoria evoca a un tiempo las escenas de la Tabla Redonda y la retirada del Marne, falleció también mientras duraban las hostilidades, lejos del frente, en los mullidos colchones de su lecho, de un mal del corazón incomprensible en el descendiente del hombre que había cimentado la grandeza militar de Prusia y realizado la unidad alemana.

Sin duda las guerras serían menos frecuentes si la táctica no mantuviera el valor temerario de los generales entre los límites de una sabia prudencia.

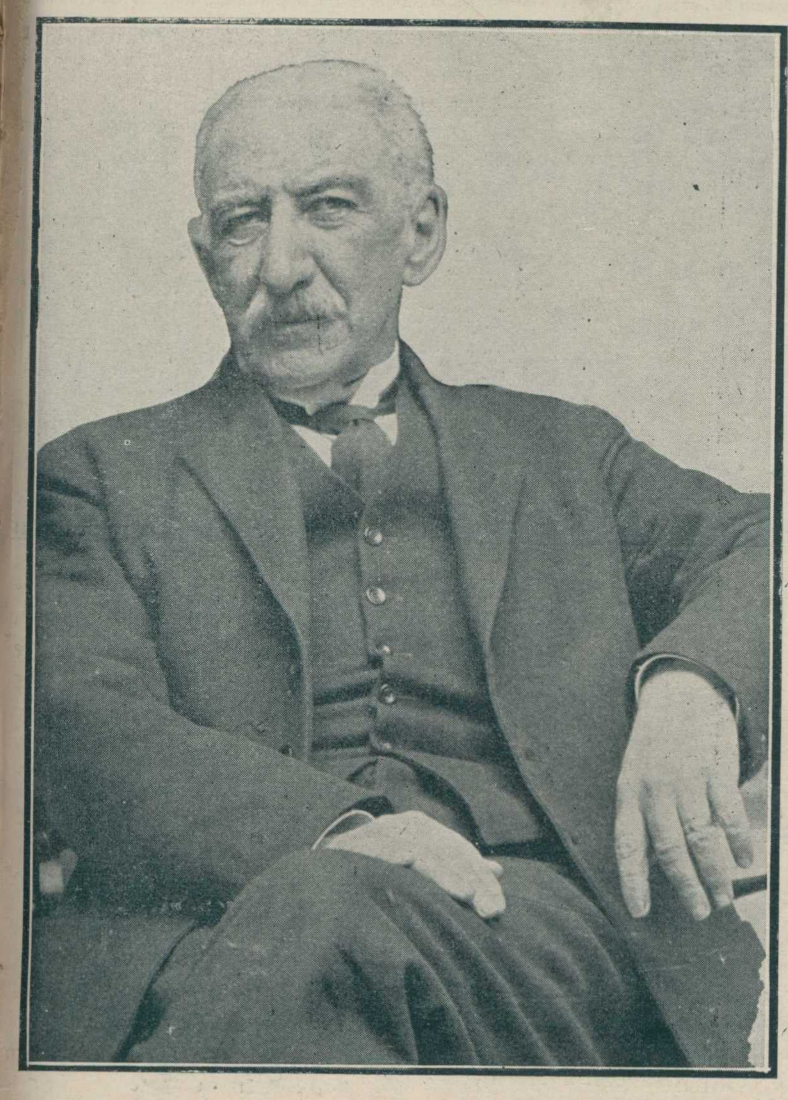
Ahora si hacemos el recuento de los grandes hombres que en la parte civil de las sociedades quiso llevarse la muerte mientras duró la guerra, hemos de ver que a la postre el hombre de letras, el hombre de pensamiento pagó un tributo más oneroso de vidas que los generales en campaña. Apenas había estallado la guerra, cuando Jules Lemaitre rendía el último aliento. Su inteligencia abierta a todos los influjos de la vida percibió súbitamente la inmensidad de la catástrofe. Ese bello mundo de ideas, de emociones, de sutilísimos goces espirituales en que él había ejercido un dulce e incuestionable señorío, crujía desde sus cimientos. Expiró lejos de París, la patria de su alma, mientras tronaba el cañón tudesco en las llanuras de Picardía. Más tarde Emile Faguet, contemplando en los mapas de guerra, con la mano puesta en el corazón, las oscilaciones de esa frontera de Francia que para él significaba el principio y el fin de una cultura, se despedía del mundo acaso con la esperanza de volar a otro donde los límites de la bondad y la belleza no tienen la fluidez desesperante de los que parten el dominio de las naciones en tierra europea. En la época más angustiada y más oscura de la guerra rindió la última jornada Remy de Gourmont. Era necesario. Su naturaleza exigía como ambiente uno de absoluta libertad. El escritor que había dedicado su vida a decir la verdad, su verdad del momento, sin cuidarse de tradiciones, escuelas filosóficas, preocupaciones nacionales, fanatismos políticos o religiosos, descubrió en el ambiente de la guerra que la verdad era sospechosa y decirla un delito. Para no sucumbir en una atmósfera moral cargada de ideas de disolución y de rencores mefíticos, se vio forzado por unos días a adoptar la posición de "adversario" y a escribir cuotidianamente en "La France", artículos contrarios a su naturaleza, a la noción que del mundo y de la vida había logrado formarse. El esfuerzo resultó superior a sus energías. Del fondo del pantano en que se agitaban los varios nacionalismos europeos surgieron miasmas sentimentales, cuya presencia hizo irrespirable el éter puro donde vagaba el pensamiento del sublime rebelde. Esa discordancia entre el mundo que él se había forjado en el trato con sus libros y con sus amigos mientras hacía cuidadosamente el análisis de las ideas que agitaban a los grandes talentos de Europa antes de 1914, y el mundo tenebroso, irracional, demoledor y concupiscente de la guerra, hicieron imposible el equilibrio entre sus dos naturalezas. Al decaer el elemento espiritual, única razón de su existencia, la parte material se deshizo espontánea y fatalmente. Faltando la función el órgano perdió su aplicación y su objeto.

Mauricio Barrés, naturaleza más elástica, en quien las campañas nacionalistas habían fecundado ciertas comarcas cerebrales que nuestra civilización tenía tendencias a dejar incultas, logró atravesar, aparentemente sano, las torvas jornadas de la guerra. El había exaltado el nacionalismo en sus últimas novelas, olvidándose de sus complacencias ideológicas y de su sonrisa destructora en presencia del "Adversario". Para ser fiel a las doctrinas de su avatar más reciente, aceptó la guerra con todos sus horrores, con todas sus miserias morales y de pensamiento, con toda la estrechez de sus premisas racionales. No combatió en el frente; pero día por día sonaba su nombre en los diarios de París, para alentar a los laxos y azotar sin misericordia a los indiferentes. En esa lucha de cuatro años contra enemigos que cuatro lustros antes se le habían antojado imaginarios, no se quebraron las inagotables fuerzas de su inteligencia; pero los cuatro años primeros de la paz bastaron para convencerle de la desproporción entre el esfuerzo llevado a cabo y los resultados morales obtenidos. De un golpe Europa había retrocedido cincuenta años. Toda la bella labor ideológica, de las "Manchas de Tinta" a la necrología de Stanislas de Guaita, había sido inútil. Empezaba un mundo sobre el cual parecía como si la obra de Taine, de Renán, de Emile Faguet, del mismo Barrés no hubiera ejercido la más mínima influencia. El autor del "Jardín de Berenice" y "Los Desplantados", vio en un día triste de 1923 el abismo cavado por la vida y la muerte en las sendas del pensamiento humano y renunció definitivamente a la lucha con un gesto sereno.

En la guerra quedaron intactos los altos dignatarios de los estados mayores del ejército a uno y otro lado de las líneas de fuego; pero el estado mayor de la inteligencia perdió en pocos años unidades irreemplazables. Su muerte abre una solución de continuidad en el sendero de las ideas morales.

B. Sanin Cano

De todo y de todas partes



General Juan B. Tovar, miembro muy distinguido de nuestra sociedad, cuya muerte, ocurrida el martes de esta semana, ha sido muy lamentada.



Señor don Marco A. Piedrahita, sobresaliente miembro de la colonia caldense de esta capital, cuyo inesperado fallecimiento ha sido generalmente sentido.

Juan B. Tovar

El general Juan B. Tovar, perteneciente a una familia muy conocida entre nosotros, ha muerto después de una vida inmaculada y llena de servicios para la Patria. Harto conocido fue el esfuerzo, estéril pero heroico, del general Tovar al pretender que los hechos cumplidos en Panamá, a raíz de su disgregación, fueran favorables para la República de Colombia que atravesaba entonces por la más ruda prueba. Lo que en aquella ocasión confió el gobierno al general Tovar era ya un imposible, y la cuestión no pasó de ser un acto algo romántico de aquel gobierno; pero el haber aceptado esta misión el general Tovar es una prueba del valor que le distinguía y también de un patriotismo, que nadie jamás se atrevió a negarle.

La semana parlamentaria

Por causa nunca vista, el presupuesto nacional ha sido discutido con el debido tiempo en la Cámara a la cual le toca conocer en primer término esta clase de leyes. Una lucha titánica ha tenido que librar en la Cámara el señor Ministro de Hacienda para ver de conservar el equilibrio presupuestal atacado tenazmente por los intereses regionales, que son hoy por hoy los únicos intereses que tienen los señores políticos que concurren a las Cámaras. Valdría la pena de que alguno de nuestros escritores o todos ellos en conjunto comenzaran a estudiar y a impugnar el regionalismo que, de seguir como va, terminará por destruír la Nación.

Es de notarse que este regionalismo no sólo existe de Departamento a Departamento como acontece, por ejemplo, entre Caldas y Antioquia, entre el Cauca y el Valle, snio que casi siempre se extiende a las provincias. Por obra de este regionalismo tenaz se ha logrado o al menos se ha intentado, disminuír la partida destinada a la carretera de Cambao para atender a obras de escasa importancia nacional. Ayer, por ejemplo, preguntaba un honorable representante que no había atendido a las peripecias de un debate—cosa harto común—cuál era el artículo que se discutía, y hubo de responder el secretario: Se trata, honorable representante, de destinar la suma de $ 15,000 para una obra pública en *Despeñaperros*. Será posible semeajnte modo de legislar?

Marco A. Piedrahita

Conocido entre nosotros por su vida austera y activa, acaba de sucumbir víctima del tifus el señor Marco A. Piedrahita, hijo de Manizales y comerciante harto conocido entre nosotros. Tenía el señor Piedrahita todas las buenas cualidades de la raza a que pertenecía: trabajador, austero en su vida y ejemplar hombre de hogar. Cuando había llegado, por obra de la paciencia, de la honradez y de la inteligencia, a conseguir un capital digno de tenerse en cuenta en Bogotá, sucumbe en los precisos momentos en que debiera comenzar a disfrutar de su fortuna. La muerte, que siempre es cruel, ha escogido esta vez su víctima y ha destrozado un hogar feliz.

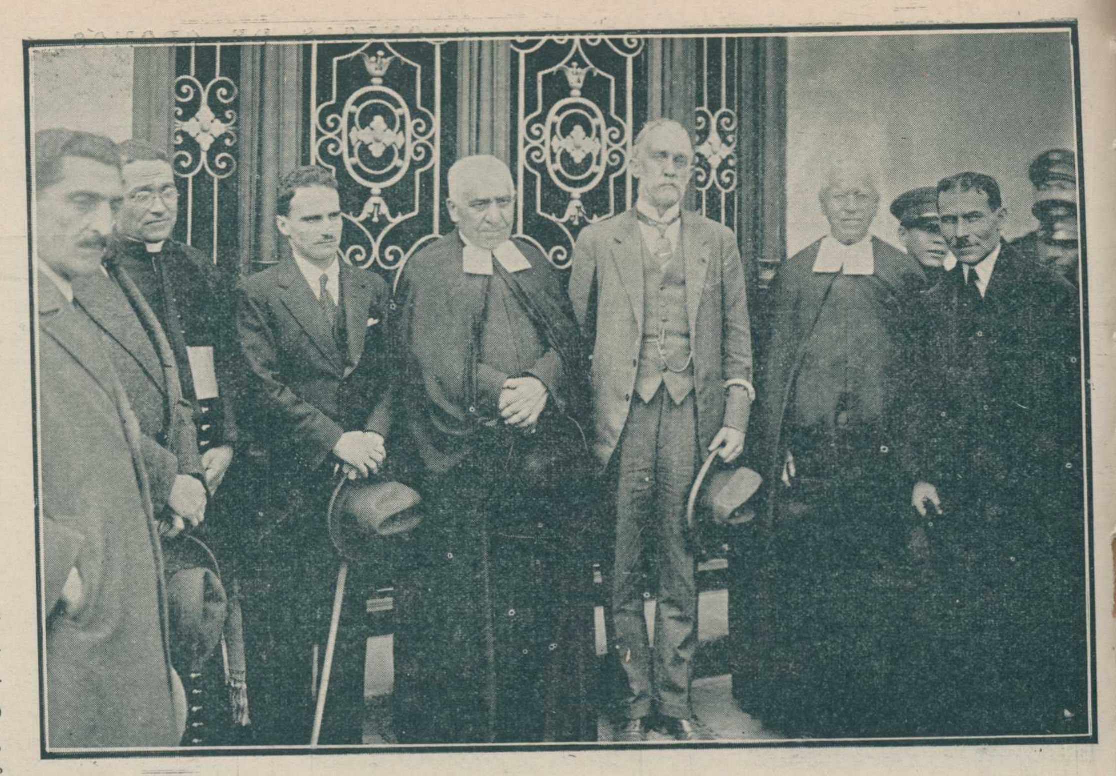
El Vesubio en erupción

Desde los tiempos tn que las ciudades de Pompeya y Herculano perecieron víctimas del Vesubio, hasta nuestros días, jamás este titán ha dejado de causar daños sin cuento a los vecinos de las tierras napolitanas que siempre viven a merced del volcán que unas veces les recrea y

otras les inspira el terror de la muerte. Ahora ha venido a sufrir el pueblecito de Terzigno con una erupción que casi le hizo desaparecer como a las viejas ciudades romanas de que nos habla Plinio. Grande debe ser el atractivo del renombrado golfo napolitano cuando a riesgo de una muerte inminente se vive allí a poca distancia del Vesubio siempre amenazante.

El Superior de los Hermanos Cristianos

Acaba de llegar a Bogotá el superior general de la comunidad de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, el reverendo hermano Allais Charles, a quien presentamos nuestro respetuoso saludo de bienvenida. Muy de desear sería que el reverendo hermano Superior hiciera un estudio concienzudo de los métodos didácticos que se emplean en los diferentes planteles que hoy visita; no porque ellos no sean muy buenos, las más de las veces, sino porque el reformarse y acomodarse a las nuevas corrientes, es obra propia de todo instituto viviente.



El R. H. Allais Charles (izquierda), Superior General de los HH. CC., en compañía de su Secretario R. H. Aimé, en el momento de su llegada el miércoles último a esta ciudad.

En el tennis

La fotografía nos presenta a la señorita Helena Wills, campeón del mundo, y a la señorita Hazel Hotchkiss Wightman, del *team* americano, después de una interesante partida en la cual tomaron parte Kethleen Mackane Godfree y Ermintrude Harvey.

El Rey de Inglaterra en cacería

Aficionados fueron en todo tiempo los ingleses a la caza, y no es extraño ver que a ella se consagran, por vía de descanso, aun los más poderosos señores. El rey Jorge se muestra particularmente aficionado a este deporte, como nos lo revela entre otras cosas, la vista de la Underwood and Underwood, que presentamos a nuestros lectores.

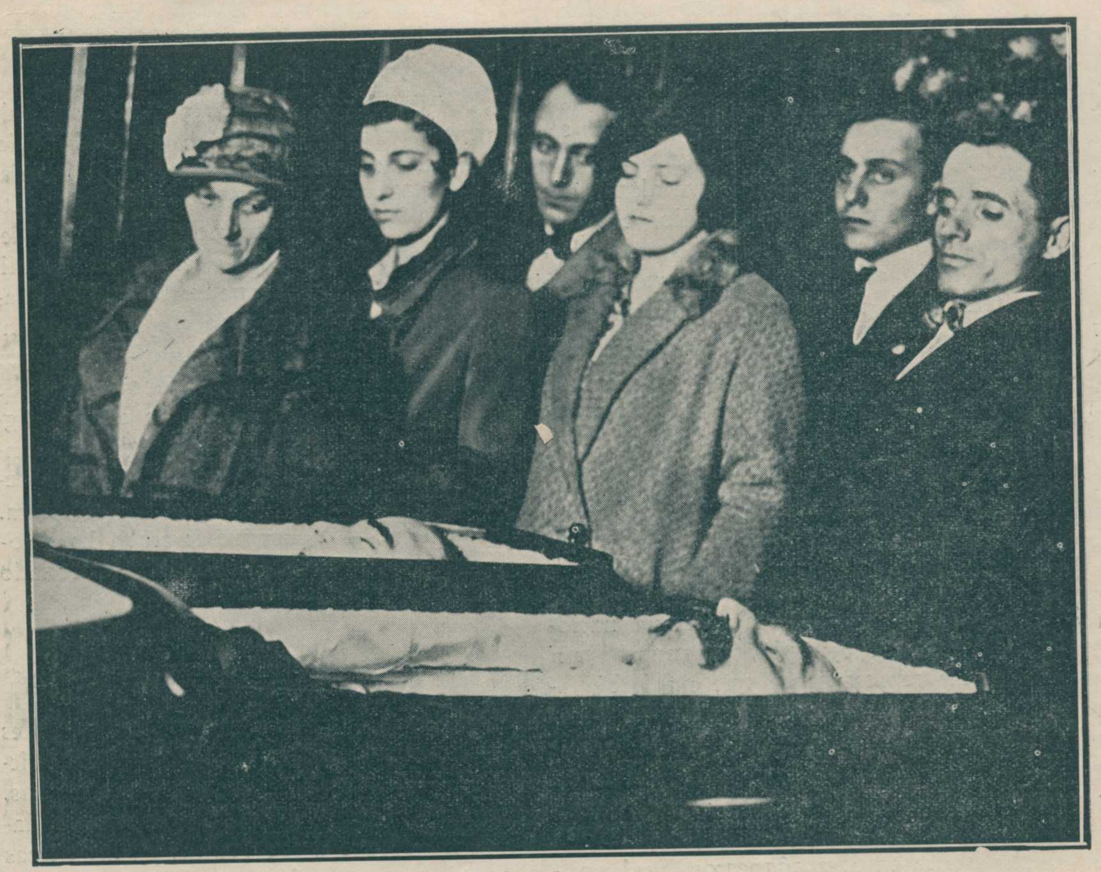
Inauguración del Ferrocarril a Natagaima

Por fin el ferrocarril Tolima-Huila-Caquetá ha llegado a los límites donde comienza el Departamento del Huila. De plácemes han de estar en aquel Departamento, porque con este frerocarril comienza para el Huila la éra de la prosperidad. Hasta ahora el Huila compartía con Nariño la peor situación económica del país, y es que un Departamento sin vias de comunicación tiene que estar por fuerza en la situación económica más parecida que pueda imaginarse a la del periodo colonial.

La construcción del ferrocarril Tolima-Huila-Caquetá presenta el caso, raro entre nosotros, de un contrato de construcción favorable para la Nación, y a causa de esto todos los colombianos miramos con simpatía esta obra que, a más de iniciar el desarrollo del Huila, presenta el aspecto de algo ventajoso para el país.

Cómo se viaja en el tren de Girardot

Desde que se le ocurrió a alguien la peregrina idea de dificultar por medio de



Los cuerpos de los italianos Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti, electrocutados en Boston. (Foto. Underwood and Underwood para Cromos).



Helena Wills, campeona mundial de tennis, y Mrs. Hezel Hotchkiss Wightman, capitana del equipo americano de tennis que se enfrentó hace poco al británico. (Foto. Underwood)



Tres distinguidas damas de nuestra sociedad, quienes tuvieron que viajar en días pasados en el Ferrocarril de Girardot en una plataforma por falta de puestos.

una severa centralización los pedidos de los ferrocarriles, la empresa del de Girardot que marchaba bien ha venido sufriendo los mayores descalabros. Muchas veces nos hemos quejado desde esta misma revista, de los defectos de algunos ferrocarriles, y siempre se nos ha respondido que los señores gerentes carecen de autorizaciones para hacer por sí mismos los pedidos y que la oficina del Ministerio de Obras Públicas a la cual le están encomendados esos pedidos, no los hace oportunamente por tener que atender a otros que ella considera más importantes. No se puede con todo pensar que el gerente o la oficina del Ministerio de Obras Públicas no consideren como cosa de suma importancia el proveer a reparar en el ferrocarril de Girardot los carros en deterioro; tanto más que el ferrocarril de Girardot da los suficientes rendimientos para mejorar el servicio y para impedir que señoritas como las que nos muestra la fotografía, se vean en la precisión de viajar en las plataformas, con riesgo inminente de la vida.

La Reina de España y sus dos hijas

La fotografía nos revela aquí dos razas diversas dentro de la familia real española. Una de las hijas de los reyes tiene evidentemente el tipo español; la otra es evidentemente una inglesita como la madre. Las dos infantas que en breve seguramente habrán de celebrar uno de esos matrimonios en que la política predomina, parecen con mucho superiores a los varones de la real familia que siempre han dado muestras de enfermedades más o menifiestas.

Los campos de deportes en Wimbledon, Inglaterra.

En todo el mundo, pero particularmente en Inglaterra, se concede en el día de hoy una particular importancia a los campos de deportes que contribuirán poderosamente a desarrollar la raza humana.

La Gavota

Mientras yo leo, tocas en el piano
Una gavota antigua.
Pálida perla irísase en tu mano,
Bajo una luz ambigua.

María Antonieta! Es ya la primavera,
vístete de pastora.
En la tarde rosada. Axel te espera,
En el "Jardín de Flora".

María Antonieta! Rubios caballeros
Se inclinan para verte!
En doble fila se alzan los aceros
Listos a defenderte.

Y la gavota sigue. Alex aguarda
De tu beso el halago.
La rosa roja de tu labio tarda
Junto al dormido lago.

La última nota... Entre la tarde brilla
Del sol postrer destello...
María Antonieta... ¡Y marca la cuchilla
Cinta roja en tu cuello!

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS



S. M. el Rey Jorge V de Inglaterra en su visita anual al Duque y la Duquesa de Devonshire tiene por deporte favorito la caza de pichones. (Foto. Underwood para **Cromos**).



Ultima fotografía de la Reina de España y sus dos hijas, a la izquierda la Infanta Beatriz y a la derecha la Infanta Cristina. (Foto Underwood & Underwood para **Cromos**).

LA POBLACION DEL MUNDO

A la importante Conferencia de Natalidad que acaba de clausurarse en Ginebra, debieron de concurrir personajes muy calificados por su pericia en el asunto que motivaba esa reunión. Allí se propone saber si hay deficiencia o exceso en la producción de humanidad relativamente a las posibilidades que ofrece la tierra; cuál es la cifra máxima de habitantes que podrá en el futuro alojar y mantener este globo; para cuándo, al seguir las cosas como van, llegaría la población a tan tremendo límite; y qué medidas han de adoptarse con el fin de que si nos estamos ahora propasando, se restrinja el abuso por completo y en adelante se gradúe razonablemente la producción.

Hace unos seis años, la señora Margarita Sanger, que había observado con detenimiento el problema en Europa, emprendió en los Estados Unidos una campaña enérgica porque se limitara la población disminuyendo científicamente la maternidad. Entre los mil quinientos millones que pueblan el mundo—ella decía—mil por lo menos arrastran una existencia miserable. Hay en China espantosa mortandad por hambre, y en el centro europeo sucede lo mismo. Nosotros, a tiempo que Europa se afana por disminuír su población, emitimos gente que es una barbaridad. ¿A qué nos lleva esto? A vivir incómodamente y a encender otra guerra peor que la que acaba de pasar. Debería la humanidad civilizada impedir a la naturaleza el que suprima de vez en vez unos cuantos millones de séres con las epidemias y el recurso bélico. Es digno de alabanza nuestro humanitarismo que defiende a los débiles y cuida a los enfermos, pero es trivial, es deficiente, puesto que se propone sólo curar y no prevenir. Lo acertado sería que nuestra población aumentára muy poco en el número y mucho en sus condiciones físicas y mentales. Procedamos con mejor humanitarismo y delicadeza; en vez de censurar o prohibir, facilitemos la reducción de la familia.

Muy bien, observaban algunos comentadores. Así como la señora Sanger piensan en el viejo mundo y en este norte de América eminentes personajes. Muy bien si el problema fuese de pura ética, pero es de utilitarismo nacional. Sociólogos notables prevén que allá en lo futuro el Estado no permitirá a ningún matrimonio tener más de dos hijos, y aun suponen que ordenará no tenerlos en circunstancias especiales. Muy bien, pero en espera de aquel tiempo, es necesario defenderse. Hay países que no están satisfechos a pesar de su abundancia, y los hay que viven alarmadísimos con su escasez de población. Francia procura remediar el defecto. En Alemania se ha tratado seriamente de permitir la poligamia para repoblar. Nosotros hemos restringido algo la población blanca, y es grave error, tanto porque los negros aumentan la suya, como porque tenemos facilidades para sostener ochenta millones más de personas.

Parece ser que por entre los comentarios adversos abrió camino con su iniciativa la señora Sanger, puesto que son compatriotas suyos los que, secundados por colegas ingleses, han promovido esta Conferencia. Al instalarla, sir Bernard Mallet señaló como cuestiones más urgentes de estudiar y resolver: primero, qué cifra de habitantes puede sustentar la tierra, y segundo, cómo ha de distribuírse la población humana en el planeta. Para decidir esto último debe crearse un organismo internacional.

Con todo, inferimos que respecto al asunto primario—es decir, necesidad y conveniencia de que se reduzcan las actividades pobladoras había patente desacuerdo entre los conferenciantes; lo sugieren algunas opiniones de que se nos ha dado noticia.

El señor East—catedrático de la Universidad de Harvard—dijo en resumen: —El mundo apenas tiene capacidad para cinco mil millones de habitantes. A esa cifra, en la proporción actual de crecimiento, se llegará dentro de un siglo. El problema de subsistencias habrá de ser sumamente grave, aun suponiendo que se produzcan alimentos sintéticos y que resulten baratos. Así, lo ineludible por ahora es resolver el problema de la población, equilibrando con eficaz procedimiento las dos necesidades fundamentales: comer y reproducirse.

El señor Thomas—director de la Oficina Internacional del Trabajo—consideró de primera y más viva importancia el punto de las emigraciones ya que, dada su forma después de la guerra mundial, aquéllas han originado entre países de legislaciones diferentes algunos conflictos relacionados con pormenores de soberanía nacional y de política interna, conflictos que deben evitarse. Después de aludir a las controversias entre varios países y a las crecientes dificultades que hay en el intercambio de pobladores, propuso la organización de una entidad que atempere o elimine tan significantes diferencias. Todo esto sin perjuicio—añadió—de que se resuelvan otras cuestiones de señalado interés.



DOCTOR DOMINGO ROMERO D.
quien presentó brillantemente su examen de grado en la Facultad Nacional de Derecho y mereció grandes elogios por su tesis sobre "Quiebras".

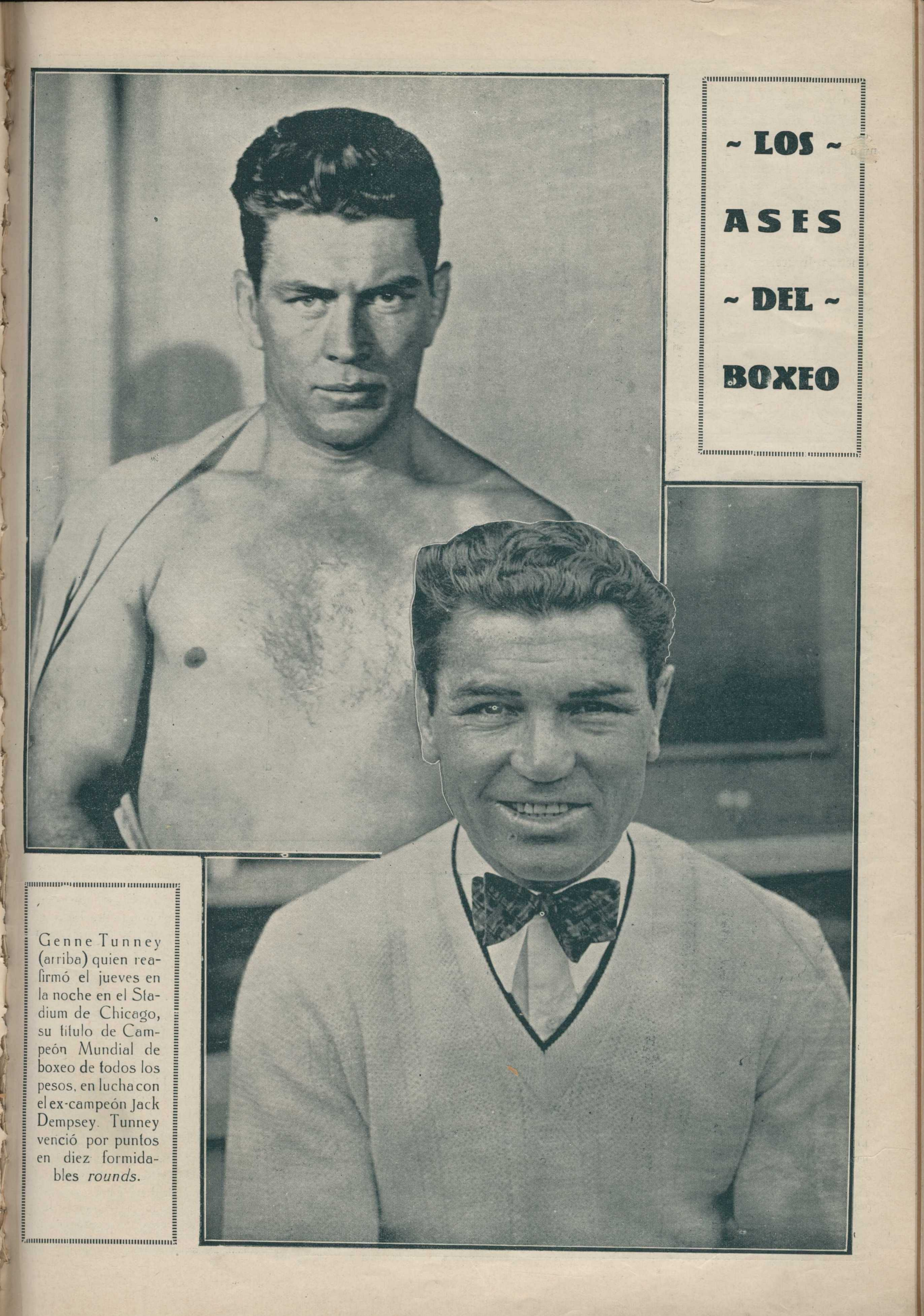
El señor Gortjahn—de la Universidad de Berlín—se redujo serenamente y con estadísticas a informar que en su tierra por cada mil habitantes el producto anual es de veinte hijos: que han mermado mucho la nupcialidad entre gentes aristocráticas y la natalidad en el proletariado; que se compensa el abstencionismo en ciudades mayores con alguna fecundidad en provincias; y que habiendo llegado al mínimo nivel de nacimientos, ya que no se produce una reacción, se debe imponer lo necesario para que no disminuyan.

Salvo mejor opinión—expuso el señor Pearl, de la Universidad de John Hopkings—no es tan probable como ha parecido una hiperconcurrencia de habitantes en el mundo. Largos años de observación, de experimentos en laboratorio, de estudios comparativos con censos y estadísticas, me han enseñado que la población humana sigue al crecer el mismo proceso que siguen moscas y microbios: aumento imperceptible, ímpetu notable, fecundidad máxima, decrecimiento y estabilización. Creo pues que automáticamente y en su oportunidad la población mermará cuanto sea preciso: no nos inquietemos.

El señor Gini—director de Estadística en la Universidad de Roma—declaró que la Italia fascista ya tiene adoptada su resolución y es la de reproducirse cuanto pueda, porque lo más importante no es holgura de la familia sino potencia militar del Estado, a quien le interesa muchísimo que abunde su territorio en millones de habitantes; y luégo porque una gran densidad estimula el trabajo, multiplica las industrias, aumenta la producción agrícola y aguza las diversas aptitudes para luchar.

¿En definitiva, cuál es la población del globo, qué cantidad máxima podría sostener y, en la proporción actual de crecimiento, cuándo se tocará en ese pavoroso límite? Lo ignoramos. No están de acuerdo los calculadores. Cabe aquí citar otro perito: el profesor alemán señor Penk, muy famoso por sus estudios geográficos y por su autoridad en estos asuntos, declaró hace dos años que había mil ochocientos millones de personas, que la tierra puede sustentar nueve mil millones por lo bajo, y que antes de tres siglos habrá llegado la población a dicho número. Tienen estas declaraciones la ventaja de no ser demasiado amenazadoras para quienes hoy nacen y para los que ya vamos a morir. Creamos en ellas, que seguramente no fueron dadas así. . . a ojo de buen cubero; hagamos constar nuestra compasión hacia los que habiten el mundo entonces; y detengámonos a mirar un futuro algo menos borroso, menos distante, más accesible a nuestra vista.

EL DR. MIRABEL



LOS ASES DEL BOXEO

Genne Tunney (arriba) quien reafirmó el jueves en la noche en el Stadium de Chicago, su título de Campeón Mundial de boxeo de todos los pesos, en lucha con el ex-campeón Jack Dempsey. Tunney venció por puntos en diez formidables *rounds*.







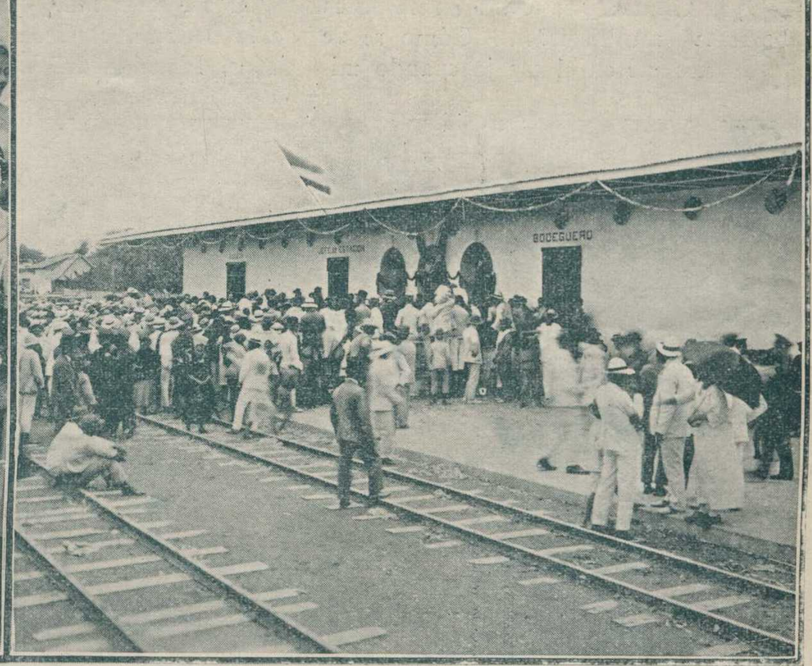


Arriba: El señor don Pedro Prado, Ministro de Chile, y varios de los asistentes al té que se verificó en su honor en el Regimiento *Bolívar*. En el centro: Invitados a la recepción dada el domingo por el señor Ministro de Chile con motivo de la celebración de la Fiesta de su país, y algunos de los asistentes al banquete ofrecido el sábado en el Hotel Regina en honor de la Legación de Chile. Al lado: Invitados al té ofrecido por la delegación manizaleña en favor del troncal.









Arriba: Los directores y redactores principales de la prensa bogotana en el almuerzo ofrecido el jueves por el doctor Peter von Bauer, Director de la *Scadta*, quien hizo una interesante exposición sobre los progresos de dicha Companía. En el centro: La Reina de los Carnavales de Natagaima y su Corte de Honor en la inauguración del F. C. Tolima-Huila-Caquetá hasta esa población, y la nueva estación puesta en servicio poco después de la llegada del primer tren. Al lado: El equipo de fútbol *Cid*, que jugó y empató una interesante partida con el *Medicina*.



LA ANGUSTIA DE LA DESESPERANZA



El sol entraba a grandes oleadas rubias por la ventana rasgada sobre el patio y venía a inundarlo todo en su luz de alegría y de paz.

Gilma vestía una blusa azul turquesa que caía admirablemente sobre su cutis blanco y bajo su cabello castaño, casi rubio. Inclinada sobre la mesa desmantelada del comedor, regada de rosas blancas, rojas, canarias y rosadas, de claveles de todos los tintes, de margaritas como estrellas de nieve, de heliotropos y fucsias, con manos hábiles hacía ramilletes para el altar de la Virgen del Carmelo.

Era el mes de julio, era el mes del Carmen, y la más grata ocupación diaria de la muchacha, después de refrescar su cara de pascuas y su cabello de gloria en el agua que saltaba alegre en la fuente del patio, consistía en atar los ramos para el altar de la pequeña iglesia campesina.

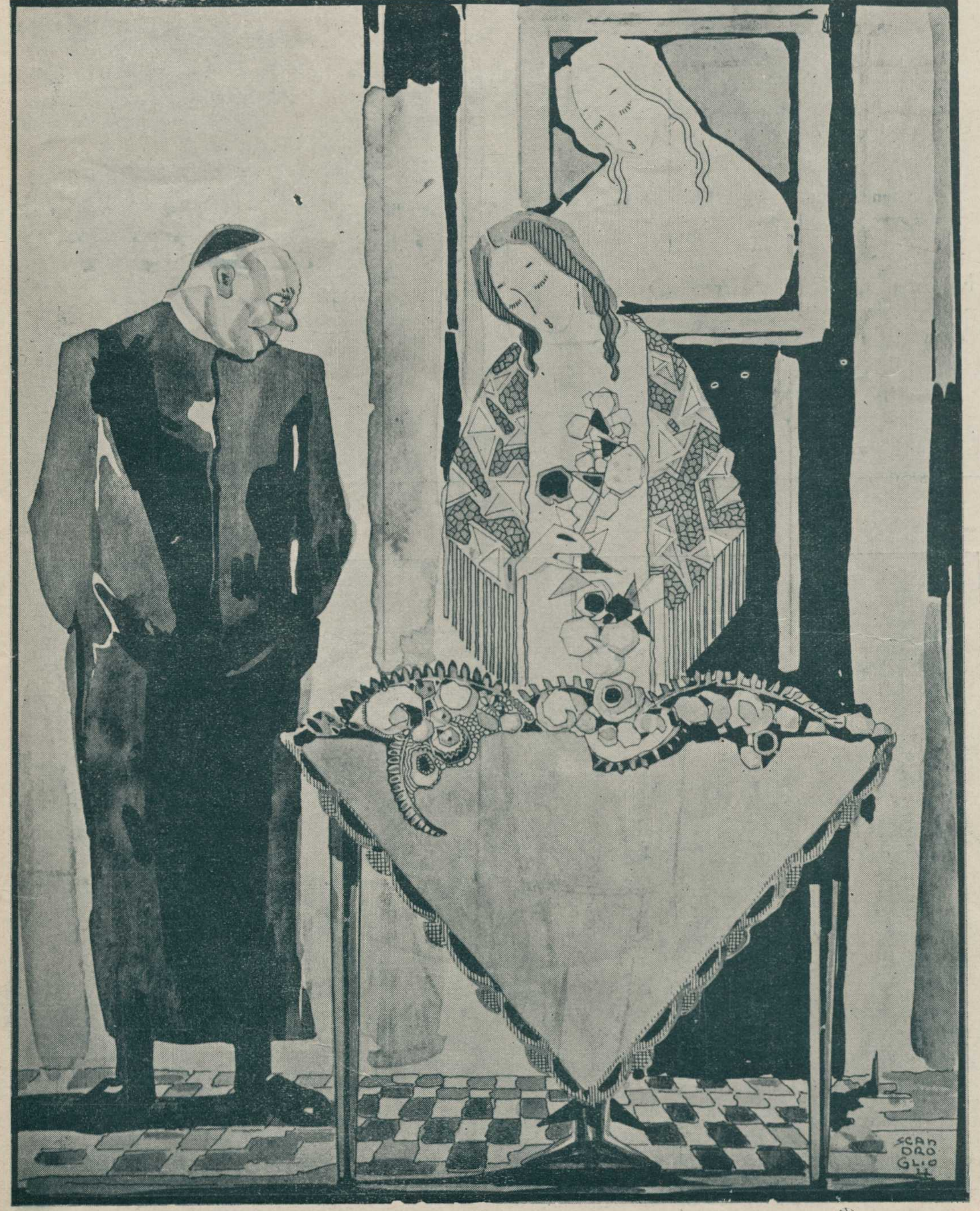
Su tío, el párroco, con esa bondad suma que lo había hecho apellidar "santo" de todas las buenas gentes de la feligresía, solía hacerle burla por esta asiduidad amorosa.

—Oye, Gilma: ¿ya estás en la tarea de hacer tus ramilletes?... Cómo se ve que crees mirarte en el espejo cuando miras a Nuestra Señora del Carmen. Eres una coquetona egoísta!

Y en verdad había una gran semejanza física entre la imagen del retablo y la muchacha: los mismos ojos de pestañas rizosas, los mismos cabellos ondulados, la misma boca fina de un arco perfecto, el mismo óvalo del rostro blanco y rosado con transparencias nacaradas.

La muchacha se ponía encarnada al oír las pullas del tío cura y se recriminaba con dulce inocencia, allá en el fondo del corazón, aquel amor que profesaba a la Virgen:

¿No estaría mal aquello de querer más a la Señora del Carmelo que al mismo Dios, Hacedor del Universo?



Pero ella no tenía la culpa; la había tenido su madre, la hermana del párroco, que la enseñó desde chiquitina a guardar una gran devoción a la Virgen María.

—Míra—le decía la señora—ella es la madre de los pobres y de los humildes; quien acude a ella no es jamás desoído. Pídele mucho para que te haga buena y, sobre todo, no olvides adornarla de flores, porque ella es quien las envía a la tierra para nuestro regalo.

Que después con el tiempo hubiera resultado alguna semejanza entre la imagen y ella, ¿quién tenía la culpa?... Pues solamente Dios y el pintor que las había hecho a una y otra.

Las rosas rojas hacían un gran efecto al lado de las blancas; las unas parecían llamaradas y las otras silencio de sigilo...

Gilma pensaba, mientras ataba el ramo con arte de mujer, en todo lo pasado: Eran aquellos recuerdos dulces pero se le aguaban los ojos al pensar en su madre, tan buena, tan resignada siempre, tan cariñosa para con ella, por quien, podía decirse sin temor de metáfora, había dado la vida, puesto que de ella había cogido el contagio de tifo que se la llevó en dos semanas.

Los claveles blancos se aglomeraban en torno de las rosas con una simplicidad divina de inocencia.

Gilma recordaba con ternura agridulce todas las cariñosas frases de su madre:

—Míra—le había dicho una tarde dorada llena de arreboles y de susurros—cuando seas mujer vendrá un joven de la ciudad, rubio y esbelto, con un gran corazón de caballero y una gran inteligencia de sabio; así mismito como el príncipe de *La Bella Durmiente del Bosque*, y te querrá y os casaréis los dos; porque, cree, yo no he de vivir toda la vida, ni tú vas a querer en la tierra solamente a tu madre.

Cuánta verdad!... verdad de profetisa, verdad de previsora... Su pobre madre no había vivido toda la vida. Bien al contrario, se había ido muy joven, pero con el alma llena de pesares por su viudez prematura y por su pobreza que no le permitía asegurar el porvenir de Gilma, el alma de su vida... Sí; mucha verdad. Pero desde que murió su madre, ella no quería a nadie... Sí; cómo no! Quería a su buen tío el Padre Cura, que a su vez la amaba como a una hija del alma... Otro amor?... No; ella no sabía de otros amores; ni le importaba nadie en el mundo. Y al pensar en esto sentía algo raro en el corazón: como un huequecillo vacío en un rincón del pecho, que

se iba agrandando, agrandando, a medida que pensaba en ello, hasta hacerla sentir una gran desolación, un frío, una tristeza inexplicables pero atroces.

Y entonces, ¿por qué pensaba desde el verano último tan a menudo en Eduardo?... Por qué le tembló el corazón cuando supo que se había escapado del Seminario?... Qué cuentos! no todos los hombres habían de hacerse curas, si no ¿qué sería de las pobres mujeres?... Y se ruborizó ahora sola de pensar en esa sinceridad. Qué tonta era!

Tomó un manojo de margaritas y formó una guirnalda a una aglomeración de fucsias rojas... Sí; la fragilidad rodeada del olvido...

Pero, en verdad, a ella no le importaba nada Eduardo?... Lo había visto una docena de veces en el diciembre bullanguero y alegre, y desde la primera vez que lo tuvo ante los ojos se le antojó muy guapo... Qué pareja harían los dos!... Pero, por la Virgen del Carmen! qué cosas le había dado por pensar ahora!... Esto, no le quedaba duda, era fruto de las malas lecturas, de las malas amigas; la pícara de Magdalena tenía toda la culpa, por haberle prestado aquel librote tan bonito, que tuvo que leer a escondidas de su tío, mientras él confesaba en la iglesia a las gentes de su parroquia... Y ella, desde entonces, no podía dejar de pensar en Efraím; todas las noches lo veía en sueños, pero con una cara distinta; unas veces con la del hijo mayor de don Ruperto, otras con la de Eduardo, otras con la de cualquier forastero de los que venían al mercado los domingos y que la miraban con ojos de curiosidad admirada... Con tal que no les fuera a suceder a ella y a Eduardo lo que a la pobre de María y a su desventurado primo... Ella no tenía ganas de morirse y mucho menos de amor. El amor debía ser la vida! Algo muy placentero y muy alegre... Pero, qué cosas las que seguía pensando! Aquel día se había persignado mal, no le quedaba duda. Y, con la ingenuidad aureolada de su inocencia, se santiguó precipitadamente.

Los heliotropos perfumaban a los geranios, se metían entre ellos regocijados, como un capricho de amor lleno de tontas melancolías.

Ya estaban terminados los ramilletes. Tomó uno en cada mano y contempló su obra complacida, estirando los brazos y entrecerrando graciosamente los obscuros ojos.

Se oyó entonces un taconeo ligero en el corredor y la voz clara y llena de Magola, su amiga, la llamó alegremente:

—Hola, Gilma! qué te has hecho esta mañana?

—Aquí me tienes, vén! Verás qué bonitos quedaron los ramilletes hoy. Había flores que era una gloria.

Entró la amiga y se abrazaron cariñosas, Gilma sin soltar los ramos.

—Sí; están muy bonitos. Pero tú... qué tienes?... Has llorado?... No!... Pero tus ojos?... Ah! es que estás hoy más bonita que siempre. Pero a mí no me engañas con tus remilgos... Sí; ya lo sé. Todas las amigas del pueblo lo saben: el mojigato de Eduardito se ha escapado del redil, y como tú...

—Yo... ¡ yo no te he dicho nunca nada!

—No; no te apures, tú no me has dicho nada; pero yo lo adivino... Créeme: después de mirarte a la cara ningún hombre se hace cura.

Gilma bajó los ojos: los ramos se le escaparon de las manos; se dejó caer sobre el asiento que tenía al lado; cruzó los brazos desnudos hasta el codo sobre la mesa reluciente, hundió la cabeza castaña entre ellos y sollozó con angustia de desesperanza:

—Pero si yo no le importo a él nada, Magolilla!

Los ramos yacían desparramados sobre la mesa; las flores se besaban en loca confusión ante aquella divina inocencia llena de sensibilidades, incapaz de resistir al amor suplicante que se enroscaba al corazón como una llama al tronco del hogar que calcina con su fuego puro, dulce enviado del Cielo.

El sol seguía entrando a oleadas por el ventanal rasgado sobre el patio y bañaba con su luz rubia de paz y de alegría el cuerpo tronchado de la muchacha, la mesa desmantelada, los ramos opulentos de rosas, claveles, fucsias y margaritas, abandonados por la primera angustia de un alma espectante.

PEDRO GOMEZ CORENA

EL PUERTO DE GIRARDOT

La incuria de las cosas nuéstras llega a veces a términos en que el silencio no puede existir, a menos que todos los colombianos nos declaremos cómplices del desorden administrativo más completo. Es un hecho, de todos reconocido, que Colombia ha entrado de un tiempo a esta parte en un período de prosperidad comercial que se debe a múltiples y complejas causas, así del orden individual como del social. Pero esa misma prosperidad pide y exige en términos más que apremiantes que se pongan los medios conducentes para no perjudicar a quienes por obra del ahorro y del comercio hábilmente ejercido han logrado en todos los campos desarrollar la riqueza.

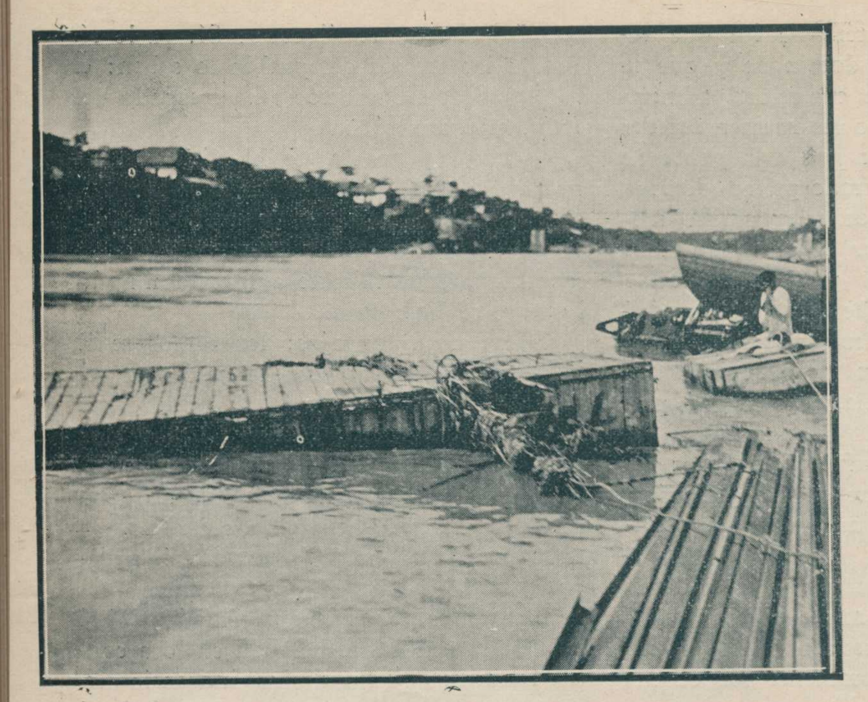
Núcleo principal y poderoso de esta riqueza colombiana es la capital de la República, como lo han aceptado aún los que más quisieran negarlo. Mas, ¿cómo ha de pensarse que por incuria y descuido verdaderamente culpables ese comercio bogotano, que hace parte integrante y principal del comercio colombiano, sufra las consecuencias de una administración que nada tiene de previsora?

El comercio de Bogotá cuenta con los mayores enemigos: dificultades sin cuento en el bajo Magdalena; tropiezos en todos los chorros en el alto; medios de transporte insignificantes en los ferrocarriles; detenciones continuas en la construcción de carreteras que suplan las deficiencias de la vía férrea. Cuando, después de insuperables obstáculos llega una mercancía a Girardot, que hoy por hoy es el puerto fluvial de Bogotá, sucede, como al presente, que la mercancía se pierde allí lastimosamente a tiempo que el río crece, y si no se pierde allí se queda para siempre detenida en el mismo río por obra de la sequía.

Hacer de Girardot un puerto no es una empresa superior a la que llevó Pedro el Grande cuando construyó sobre marjales la soberbia Petrogrado. Una suma insignificante, para el monto de las cantidades que en mercancías pasan por ese puerto, bastaría para construír dos cosas indispen-



El único cobertizo que hay para la carga en el Puerto de Girardot.





Dos aspectos de la carga sumergida en el Magdalena en Girardot.

sables un muelle y unos edificios capaces para contener la carga. Pero no hay ministro alguno a quien le pase por la mente la idea de proponer algo que conduzca a crear este puerto; el Congreso guarda silencio y mientras tanto se construyen trozos insignificantes de ferrocarriles aquí y allá con el criterio infantil de quienes no saben qué cosa es el dinero.

Contemplemos por un momento a Girardot, y esta contemplación nos entristecerá. No hay allí un hotel que merezca el nombre que ya tienen el de Puerto Berrío, el de Buenaventura, el de Apulo. No hay muelle, y las mercancías, cargadas a la espalda de los braceros, salen dificultosamente de los buques, y ¿a dónde van a dar? A cualquier sitio. Al primero que se encuentre a lo largo de unas riberas amarillentas que besa el río y que también amenaza. Sobreviene la creciente, la anhelada creciente que pondrá en movimiento multitud de barcos varados a lo largo del río, y todas esas mercancías irán a parar al río para emprender hacia abajo el viaje que trabajosamente hicieron hacia arriba.

Y cuando nos quejamos, se nos dice: no hay partida en los presupuestos nacionales; la contraloría no ha aprobado el crédito para este asunto; el consejo de estado aún no ha dictaminado sobre tan importante cuestión.

Las compañías de seguros, que tienen hoy entronques en toda la República, sufren enormes pérdidas; las compañías navieras reciben las más atroces reclamaciones hechas naturalmente en términos airados, y el comercio ve definitivamente perdidas cosas de que indispensablemente se necesitaba. Cada día se hunden en la pobreza comerciantes que principiaron sus negocios prósperamente, y el universo entero se descorazona ante la titánica lucha que tiene que emprender en contra de tántas y de tan insuperables dificultades.

Y lo peor del caso es que cuando este mismo caso se presenta en Puerto Berrío el grito de la ciudad progreso resuena en todos los ámbitos de la República y Medellín obtiene lo que quiere porque es la primera en dar, la última, según ellos, en recibir, y cuando Manizales no logra que algo que pide se le dé, envía comisiones; crea juntas y habla alto y muy alto para que todo el mundo la escuche, y cuando Cali teme por su hegemonía en el Valle no pierde ocasión para pedir lo que necesita. Pero acá en el interior nos domina el tedio y la enfermiza quietud de los muiscas.

Tal vez a vista de esas mercancías que se van río abajo; de esa multitud de bultos, que han perdido ya hasta el nombre, y que nadie reconocerá luégo, si es que alguna vez parecen cuando las aguas bajen, se levante el comercio bogotano y hable y diga que quiere y desea tener un puerto y que tiene derecho pleno a tenerlo. Pero aún lo dudamos. Hemos visto y hemos oído tántas cosas y nunca se ha hablado, ni se ha hecho nada de provecho.

Siempre hemos pensado que los gráficos muestran más de bulto un desastre, y por eso nos hemos permitido pedirle a nuestro fotógrafo que tome algunas vistas de lo que en Girardot está sucediendo. Que vean los comerciantes de Bogotá lo que está allí pasando, y que hablen y pidan y griten, porque viejo es el adagio que reza que sólo el que pide recibirá y sólo el que grita será oído





Un automóvil para el Departamento de Provisiones y carga de toda clase, en situación lamentable.

LA SEMANA DE LA BONDAD

POR MIGUEL SANTIAGO VALENCIA

Nunca se equivoca úno cuando se pone al lado de los vencidos.

Mme. de Stael

Una semana de amor para los hombres y para los animales. Siete jornadas por las sendas franciscanas. Una semana de piedad. Siete días restañando las fuentes del dolor, bajo la norma de Vicente de Paúl. La letra muerta del precepto evangélico que ordena la más grandiosa moral—amar al prójimo como a sí mismo—revivida por un convenio de las fieras sociales, durante el largo término de siete días y siete noches!

Pero en dónde se ha acordado tamaña tregua del mál? En París, querido lector, en la ciudad que ha hecho, del contraste de la dicha y de la pena, un nuevo goce. Y por qué extraordinaria gracia, el egoísmo, la envidia, el rencor y todos los otros pecados del espíritu, han sido vencidos por el bién? La promesa de una sola hora de semejante estado angelical, si hubiera sido pregonada por el mundo, habría atraído peregrinos de los cuatro puntos cardinales. El vivir unos pocos minutos de bondad colectiva compensaría el más largo y azaroso peregrinar. Imaginad, si podéis, a cuatro millones de seres limpios de maldad, rivalizando en altruísmo, sacrificando, cada cual, lo mejor de sí, para la ventura del hermano! Suponed que de súbito, desde los banqueros hasta los apaches (contad, entre estos dos términos del mál, a los representantes de la injusticia social), todos se convierten a la piedad y derraman, a manos llenas, caridades y consuelos sobre los desvalidos; que no hay lágrima que no se enjugue ni hambre que no se harte; en fin, que el egoísmo cruel se torna en desprendimiento. ¿Ha logrado vuestra imaginación concebir la inefable paz de Paris en este ensayo evangélico?... Un Moscú que, en vez de Lenine, se encontrara con Tolstoy! No, las palabras no pueden describir el reino de la Indulgencia, del Perdón y de la Caridad.

No creais en este suceso imponderable. Estamos, es cierto en "la semana de la bondad", organizada por gentes filántropas que han querido honrar públicamente el gesto divino del que tiende una mano compasiva, e intentar, al mismo tiempo, un corto armisticio en la eterna guerra que se hacen los hombres; pero, ni para qué decirlo, el encarnizamiento continúa. Del 12 al 19 de junio, se dijeron los ilusos del bién, vamos a encaminar a la pecaminosa ciudad por el lado de Cristo, y trazaron el itinerario del Amor.

Con una ceremonia en la Sorbona se inició la semana bondadosa. Esta inauguración *oficial* manchó la bella tentativa, pues hubo—naturalmente!—discursos de políticos afiliados a un marxismo integral, que viven en la opulencia y jamás le dan al necesitado nada de lo suyo; retórica electoral; proyectos de reformas sociales que nunca han de realizarse; declaraciones de amor a la humanidad, hechas por corazones empedernidos; y sermones laicos de burgueses avariciosos. Pero, por fortuna, no todo se ha reducido a vana palabrería. Asociaciones benéficas, llenas de celo y de confianza, están traduciendo en obras el programa que hicieron para estos siete días: protección a las madres abandonadas, música y flores en las cárceles y los hospitales, juguetes para los niños, pan para el hambriento, vestido para el desnudo, techo al que duerme en los quicios de las puertas o bajo los puentes del Sena, abrazo fraternal a las "pecadoras de la calle", consuelo a toda víctima de la sociedad. Y como la bondad no debe admitir exclusivas, también se ha extendido a los animales la limosna de ternura.

Mientras estos obreros de la caridad iluminan de esperanza tántas vidas descorazonadas, otros, verdaderamente ungidos, sin Marx y sin Lenine, pero con la persuasión que da el ejemplo, predican la bondad en todas sus formas, desde la que organiza el trabajo de una manera humana hasta la que puede llegar a afianzar la paz internacional.

Pero no hay que ilusionarse con los resultados de estos esfuerzos de propaganda. La semana piadosa, en la que cada cual debiera pensar, a lo menos un instante por día, en los problemas cuya falta de solución hace el mundo tan duro para tántas gentes, se está distinguiendo por una recrudescencia del crimen y una explosión de odios políticos. A la cruzada del bién, responden el asesinato y el robo, y los evangelistas de la dulzura ven ahogadas sus palabras de conciliación por los gritos feroces de monárquicos y comunistas. Y como si esto no fuera bastante para hacernos desesperar del mejoramiento de la bestia humana, el peligro de otra guerra mundial se vuelve inminente.

A los cruzados de esta santa semana ha de dejarles el zumo de un amargo desengaño su noble empeño de aumentar las fuerzas de bondad. Si consiguieran, por lo menos, devolverle algo de sus antiguos prestigios a esta virtud que las nuevas generaciones consideran como un inequívoco signo de debilidad del espíritu!... Contra estos fuertes de hoy, nada pueden los llamamientos del corazón. En lugar de sacrificarse al prójimo, hay que tener el valor de sacrificarlo a él, en beneficio de la propia conveniencia. Tal es la máxima de los nacidos bajo el reino de la mecánica. Su único deber es el de ser felices, brutalmente felices, cueste lo que costare.

Ni siquiera pueden ya los hombres ponerse de acuerdo sobre el significado de la divina palabra Bondad!

"Ser bueno, es poner en libertad a los perros rabiosos, abrir de par en par las puertas de las prisiones y de los manicomios, beneficiar a los mendigos profesionales... Ser bueno, es ser injusto".

"La bondad es ciega e inconsciente, y por lo tanto hay que desconfiar de ella, como de una virtud malhechora".

"Si eres bondadoso, crearás la conciencia de la impunidad y la inconsciencia del bién y del mál".

"La justicia obra con discernimiento. La bondad va a tientas, cometiendo injusticias, favoreciendo por igual a los dignos y a los indignos".

Como véis, hay que empezar por rehabilitar esa desacreditada virtud.

Un Dios murió por la Bondad, y hemos olvidado hasta su definición!

París, Semana de la Bondad, 1927.



Señor don Cristóbal Pérez. Señorita Elvira Varela. quienes contraen matrimonio hoy en esta ciudad.

DE COMO MURIO DON JOSE MARIA GUTIERREZ DE ALBA

POR DANIEL SAMPER ORTEGA

En la grata compañía del escritor y dibujante argentino José Torres Revello tomo el tren que ha de conducirnos a Alcalá, donde nos espera Pedro Raida, un muchacho lleno de inquietudes espirituales, director de la revista *Oromana* que se reputa en Sevilla como la que va a la vanguardia en audacias modernistas; pero de un modernismo inteligente, que persigue originalidad en las ideas, en las imágenes, en las emociones y rehuye la oscuridad en las palabras y las actitudes de *clown*.

Atravesamos primero los oscuros olivares, y luégo los campos de trigo que tuesta el sol del verano. Las llanuras andaluzas se dilatan a nuestra vista reverberantes, y evocan la Pampa argentina, el Llano de Colombia, donde ni en el último confín del horizonte hay un collado, una arruga del terreno que rompa la austeridad del paisaje y matice con la gracia de una línea azulada y distante la hosquedad de la planicie.

Por fin aparece a nuestro frente, destacándose grave contra el cielo, la mole del antiguo castillo romano que domina a Alcalá del Guadaira. A un lado el pueblecito de patios floridos en lo alto (como que para llegar a cada huerta hay que subir larga serie de escalones), ondula siguiendo las sinuosidades del monte en que se halla edificado; al otro, en lo hondo, el Guadaira arrastra perezosamente retazos de cielo en la entraña, y en las orillas multitud de molinos legendarios, antiguos, blancos de sol, hacen girar solemnemente las grandes ruedas que convierten en espumas el agua.

Encontramos a Pedro Raida en su gabinete de trabajo, que tiene una ventana hacia el castillo y un corredor hacia el risueño patio de la casa. No obstante la inquietud de renovación que es la fibra de todas sus obras, este joven escritor sevillano guarda un culto respetuoso para todos los que, en épocas pasadas dieron lustre a su patria chica. Nos acompaña, pues, a visitar la casa donde murió don José María Gutiérrez de Alba, cuyo nombre de seguro no es nuevo para ningún colombiano.

La humilde casa donde se apagó aquella inteligencia y donde cesó de latir un corazón que supo amar hondamente a Colombia (1), está hoy convertida en taberna: una de esas tabernas de pueblo donde se suman en torpe concierto las risotadas del patán, el zumbar de las moscas que bailan sobre un rayo de luz y el *cante* melancólico de algún *chaval* que al calor de la manzanilla recuerda sus cuitas de amor.

Don José María Fuentes Calderón—así se llama el cura que asistió en sus últimas horas al insigne escritor—nos narra con simplicidad evangélica, temeroso de que en la confidencia se le escape algún secreto de confesión, la agonía del anciano, que, hasta en aquella hora de pavura, conservó la maleante sonrisa—¡manes de Quevedo!—que tuvo siempre para las humanas flaquezas:

"Yo no lo convertí como suponen,—dice el curita juntando las dos manos sudorosas sobre el vientre—sino que él me llamó. Su conversión, tengo para mí, se debe a la Santísima Virgen del Aguila, que nunca dejó en devoción, como él decía; fue de los fundadores de la hermandad, como se lee en las reglas de ella y también da pruebas de haberlo sido en las poesías que a la Virgen dedicaba. Nuestra Señora no ha desamparado jamás a ninguno de sus devotos en el terrible trance de la muerte".

El cura sigue hablando:

—"Cuando confesó no le llevé la Sagrada Comunión porque yo quería que él la pidiera, y porque antes debía retrac-

(1) "Yo tengo dos patrias—escribía con fecha 25 de marzo de 1896—y sufro doblemente, por la natural y por la adoptiva. Y si el estado de España me duele en el alma, el de Colombia me produce graves disgustos". (Archivo literario de papeles inéditos pertenecientes al autor de esta crónica).

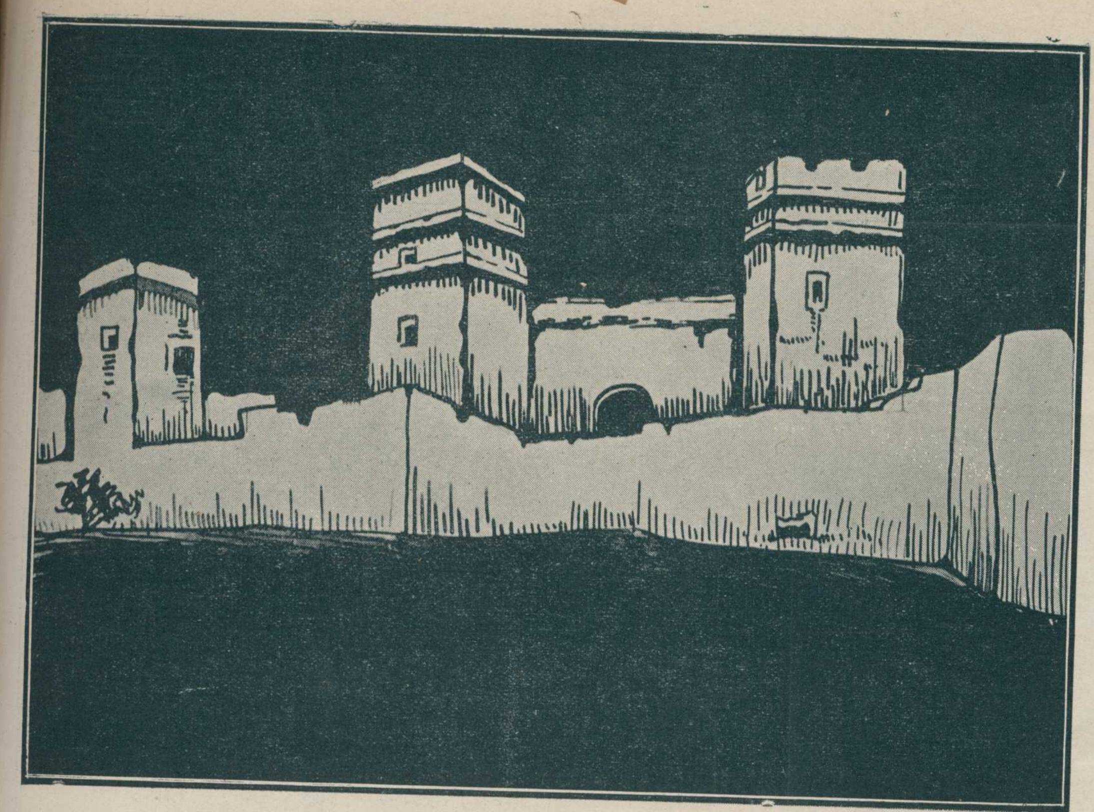


Don José María Gutiérrez de Alba.



Un molino de Alcalá, sobre el Guadaira.

(Dibujo de Torre Revello)



"Contra el fondo del cielo se destacaba un antiguo castillo romano..."

tarse de algunas cosas que, *según decían por ahí*, necesitaban de retracción". Y al decir esto los ojos del ingenuo párroco se dilatan con cierta medrosidad, recordando las herejías inocentes que don José María dejó estampadas en algunos de sus versos.

—"A los dos días—continúa—me pidió le dijera por qué no le llevaba al Señor. Al conocer mi deseo de que se retractara siquiera ante los tres amigos Pereira, Cantero y La Sota (que generalmente estaban con él allí), me dijo que le llevara el viático, que ya lo haría delante de todo el mundo. Y así lo hizo: cuando entré con la Hostia se incorporó en el lecho y antes de hacer los actos de fe se dirigió a los concurrentes: "Señores—dijo—si en mis escritos o en mis conversaciones me hubiere apartado en algo de las enseñanzas de nuestra Santa Madre Iglesia (a quien pido perdón), con alguna broma poco decente—que nunca ha pasado de ser broma—me desdigo y arrepiento delante de todo el mundo". ¡Y había tánta gente que no se cabía en la casa!—agrega el curita levantando los brazos al cielo en ademanes admirativos. De paso sea dicho—agrega entrelazando las manos y haciendo girar uno en torno del otro los dedos pulgares—que había malos amigos queriendo impedir estas cosas, y él solo resistió y venció todas las dificultades que se oponían a su salvación, que no fueron pocas, y entregó el alma al Creador como se propuso: como un santo. ¡Sí señor, como un santo!"

(Aquí mosén José, una de esas almas blancas que tienen prometido el cielo a su pobreza de espíritu, se ve obligado a sonarse: ¡hace tánto sol!)

—Don José María—continúa—había encargado que me entregaran todos sus escritos para destruír los que no debieran pasar. Pero después que murió se opuso a ello su sobrino Pepe Salle y no me entregó nada. ¡Así es Pepe!"

¿Qué suerte habrá corrido—piensa el cronista para sus adentros—aquel famoso libro inédito de impresiones sobre Colombia, adornado con más de mil láminas? (1). Porque no hay duda de que en él deben hallarse datos muy interesantes compilados por quien fue ministro de la efímera república española en Colombia, amigo de Núñez, de Marroquín, de Caro, de Vergara y Vergara (que en los brazos de Gutiérrez de Alba expiró), y de todo ese núcleo brillante de escritores que forman el ciclo de oro de nuestra literatura. De su influencia en los altos círculos políticos de Colombia puede juzgarse por este párrafo de una carta suya a doña Soledad Acosta de Samper, carta en que le acusa recibo del libro de esta última titulado *Biografías de Hombres Ilustres*:

"Quisiera yo que el gobierno de Santander adquiera u buen número de ejemplares para que sirviesen de antídoto a tánto veneno antiespañol como se ha suministrado a la juventud en la instrucción falsa o defectuosa que se le ha dado. Pero temo no conseguir mi deseo, porque parece que se ha apoderado de este gobierno una especie de vértigo y sólo piensa en reclutar y en armarse, no sé para quién ni contra quién. Aprovecharé sinembargo el primer momento oportuno, escribiendo al Presidente y publicando algo en el periódico del Estado".

Pedro Raida me ofrece buscar información sobre el famoso libro, que se tituló así: *Colombia pintoresca. Diario de un viajero. Tipos, costumbres, monumentos geológicos y arqueológicos, poblaciones civilizadas, tribus salvajes, productos del suelo, minas e industrias. Obra ilustrada con cutrocientas láminas* (1). *Trece tomos.*

El libro—es resultado de las informaciones—se halla actualmente en Colombia, consignado al banco Anglo-sud americano por su dueño, don José María Gutiérrez Espinel, quien lo ha remitido para que el gobierno lo vea y diga si le interesa comprarlo. Transcribo esta noticia a la Academia de Historia. Porque sería una lástima perder esos apuntes de una época que le tocó vivir al fundador de los olivares de la Villa de Leiva.

Sorprende la enorme fecundidad del escritor alcalareño, que estrenó en Madrid el siglo pasado más de cuarenta comedias, algunas de las cuales, como su *Diego Corrientes*, todavía se recuerdan por el éxito que obtuvieron; que publicó además del *Romancero Español* y sus *Fábulas Políticas* (muy poco gratas a la reina Isabel), más de media docena de novelas; que fundó el famoso *Cachaco* bogotano, periódico del cual se publicaron treinta y siete números; que escribió nada menos que trece tomos sobre nuestra tierra y los ilustró con más de mil dibujos, casi todos de su mano; y que hasta el mismo 27 de enero de 1897, día en que falleció a las cuatro de la mañana, tuvo ánimo para escribir a su boticario una tarjeta en verso y para bromear con los amigos haciendo derroche de su gracia habitual.

La ciudad andaluza donde nació el poeta proyecta erigir a su memoria y a suscripción popular un monumento cuyo costo no llega a mil pesos. Ahora que España acaba de consagrar una lápida a Caldas ¿no sería un gesto gallardo de Colombia contribuír con una parte en testimonio de gratitud a quien tánto la quiso y la consideró como patria adoptiva?

Cuando abandonamos la calle de la Cañada, antes Bailén, hoy Alcalá y Orti, donde murió Gutiérrez de Alba, ha comenzado a caer la tarde. El crepúsculo es como una sonrisa de los cielos sobre los montecillos lejanos. En lo hondo se levanta una torre blanca, no ya de un blancor ofensivo, como al medio día, sino blando y sereno. Alcalá se tiende a nuestros pies, llena de misterio y sugestión. Hasta lo alto del castillo en ruinas donde estamos llega la fragancia de los patios floridos, como si toda la ciudad fuese una hembra que exhalase de su cuerpo un aroma tibio y sensual. Desde esta cumbre no se ven los séres humanos: toda casa es un cofre cerrado que encierra ansias y anhelos: ¿amor, dolor, gloria, fatiga, olvido? ¡Quién sabe! Las golondrinas vuelan en torno a la torre donde está la Virgen del Aguila, como si estuviesen tejiendo sobre su veleta un encaje azul Y nosotros, subyugados por la dulzura y la paz de la tarde, rumiando cada uno sus propios pensamientos, vamos descendiendo, con las primeras sombras, hacia el corazón de la ciudad.

Alcalá de Guadaira, junio de 1927.

---

(1) "Respecto a la publicación de mis impresiones de viaje, sólo hablé con dos editores de Madrid, y ambos se asustaron a la sola idea de tener que costear sobre mil láminas para ilustrar el texto, muchas de ellas en cromo-litografía". (De una carta dirigida a doña Soledad Acosta de Samper y fechada en Alcalá del Guadaira el 4 de octubre de 1892. Archivo ya citado).

(1) Como se ve, con la esperanza de encontrar por este medio editores, el autor redujo considerablemente el número de láminas ilustrativas.

Elegancias

Ultimo modelo de vestido para noche.



Sencillo y atractivo vestido para calle.